

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CEREMONIA DE LANZAMIENTO
DEL LIBRO "MEMORIAS DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ"

SANTIAGO, 24 de Mayo de 1991.

Señoras y señores:

Más que presentar un libro, quiero aprovechar esta oportunidad que se me brinda para dar testimonio de un homenaje muy sentido al hombre cuya vida relatan estas memorias que hoy se presenta.

Leyendo esas memorias, uno se formula muchas reflexiones y saca muchas enseñanzas. Algunas de ellas, son las que quisiera compartir con ustedes esta tarde. La primera, es que la fe religiosa no es sólo una relación del hombre con Dios, sino también del hombre con los demás hombres. Se expresa en este mundo, para un cristiano, la consagración al servicio de Dios entraña consagrarse a servir a los hombres. Para don Raúl, el llamado del Evangelio es un llamado a servir. Lo dice sencilla y modestamente en el lenguaje en que está escrito todo el libro, al comenzar: "He querido -dice- estar al servicio de los hombres; responder al llamado del Señor, significa vivir y amar a los hombres".

Y nos cuenta que lo que le conmovió en la vida de Don Bosco, cuando la estudió detenidamente, fue que era un religioso moderno, que vivía los problemas de la gente de su tiempo, que se identificaba con el mundo.

Para este servidor de Dios y de los hombres, que ha sido y es don Raúl, la esencia del Evangelio de Cristo es su mensaje de amor. Sin decirlo, entiende con San Pablo que sin caridad nada nos sirve. Esta exigencia de amor lo apremia, lo urge, es lo que lo moviliza constantemente, y la convierte en su lema, en su lema en el momento de su ordenación sacerdotal y en su lema en el momento de su consagración episcopal: "Caritas, Christi urget

nos", la caridad de Cristo nos urge, nos apremia, nos exige. Nos lo dice humildemente. Estas son sus palabras. "Tenemos que pagar amor con amor. He vivido en esta convicción".

Y el testimonio de toda su vida es un testimonio de consecuencia con este concepto fundamental: pagar amor con amor. Nos habla de su amor a Chile, de su cariño apasionado, a veces desgarrador -son sus palabras- que lo lleva a buscar los caminos de la paz, del respeto, del derecho y el amor a la justicia.

La justicia. Ese amor al prójimo, esa voluntad de servir a la gente, esa caridad que nos urge, plantea como primera prioridad la justicia, que se reconozca cada uno lo que le corresponde, que se dé a cada cual lo que es suyo. Y el tema de la justicia inevitablemente nos lleva al tema de los pobres. Los bienes han sido creados por Dios para servir a todos los hombres, y hay hombres que no tienen acceso a lo más indispensable.

Esto determina la conducta de don Raúl, lo dice con franqueza: "Quizás he sido intransigente en defender a los pobres, a los perseguidos, a los oprimidos. Mi corazón siente una profunda rebeldía ante la mentira, la violencia, la injusticia, la prepotencia y la falta de respeto por los derechos humanos". Son palabras que salen del fondo del corazón, son palabras que expresan este profundo sentido de justicia, esta autenticidad en tratar de convertir la caridad en acción permanente.

Esto lo lleva, en un momento, a convertirse -y esto no está en este primer tomo de sus memorias, pero en alguna parte estará más adelante- en, empleando sus propias palabras, "la voz de los que no tienen voz". Esta vocación de caridad, de amor, de justicia, lo hace convertirse en el defensor de quienes no tienen defensores, convertirse en el que da testimonio de lo que se disimula o se oculta, convertirse en un defensor franco y permanente de la verdad.

La suya es una voz profunda, vigorosa, sin tapujos ni protocolos, que a menudo se asemeja a la de los profetas. Jamás ha habido odios, ni ofensas, ni mezquindad en sus palabras, pero ellas brotan con fuerza del fondo de su ser y dicen verdades desnudas, con franqueza, simplemente.

Yo creo que su voz es conocida por todos los chilenos, es una voz inconfundible, y es una voz que, por sobre todo, expresa una profunda convicción, es una voz sólida, es una voz fuerte. Pero es, a la vez, una voz serena, es una voz inspirada.

Pero don Raúl no se queda en las palabras. Al pensamiento une una recia voluntad para traducir en hechos sus palabras, al verbo une la acción. Las memorias nos dan cuenta de numerosos episodios que confirman este aserto. En el Instituto Salesiano, en La Cisterna, emprende la tarea de construir el Liceo Manuel Arriarán Barros, y luego la aventura de levantar el templo nacional San Juan Bosco, y lo consigue; en la dirección del

Patrocinio San José, junto con emprender la reforma de los viejos sistemas ya caducos, se incorpora en la tarea, en conjunto con otros educadores, como el padre Jorge Ugarte, de crear la Federación de Establecimientos Educacionales, Fide; cuando recibe el encargo de encabezar la organización del Primer Congreso de Religiosos, decide hacerlo lo mejor posible -son sus palabras-, cosa que consigue con singular dedicación. El Congreso fue un éxito, y sus conclusiones sirvieron para el congreso internacional de Buenos Aires, que reúne religiosos de Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay.

De ahí surgen otras empresas. Después de la Guerra Mundial multitud de personas emigran de su patria y buscan refugio en tierra americana. Se crea el Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas, CIME; la Iglesia crea, por su parte, un organismo para colaborar en la tarea. En 1955 llegan a Chile 28 mil extranjeros, se les recibe en múltiples lugares, incluso en el Estadio Nacional, urge formar en Chile una organización que se ocupe del asunto. La Iglesia encomienda a don Raúl que asuma la Dirección Nacional de Obras de Migración. Y allí cumple su tarea.

Luego viene el esfuerzo de organizar un eficiente aprovechamiento de la ayuda que con los excedentes agrícolas norteamericanos podría llegar al país para atender a los más necesitados, a través de una organización creada por los obispos católicos norteamericanos. Para estos efectos nace Cáritas, y ahí nuevamente don Raúl estuvo a la cabeza.

Y cuando muchos años después -esta parte tampoco está en el primer tomo de las memorias, pero sin duda estará-, miles de chilenos necesitan defensa y ayuda frente a la persecución que se desencadena, don Raúl, ya Arzobispo y Cardenal, crea la Vicaría de la Solidaridad.

Es en verdad una admirable conjunción esta de un hombre esencialmente religioso, que nace en una familia profundamente religiosa, que desde niño tiene vocación sacerdotal, que ama a Dios y le entrega su vida, y que, al mismo tiempo, entiende que la manera de concretar ese amor a Dios, es sirviendo a los hombres, buscando la justicia y el bien, practicando la solidaridad y el amor, con sencillez, y que lo expresa no sólo con palabras profundas, con voz de profeta, sino en acciones y hechos concretos.

Y una particularidad, en todas estas obras don Raúl es cabeza y motor, pero no actúa solo. Busca colaboradores, sabe formar equipos, les otorga confianza y los motiva a trabajar, a la gente que a lo largo de los años, en las distintas funciones que él ha desempeñado en su vida sacerdotal y episcopal, como profesor, como director de colegios, como miembro de su congregación salesiana, como Obispo de Valparaíso, como Arzobispo de Santiago, como dirigente de las organizaciones que he mencionado, Fide, Cáritas, como Cardenal, siempre ha sabido formar en torno a sí equipos de gente a quien él orienta, a quien él

dirige, a quien él da confianza y que trabajan movidos, motivados por el espíritu que él les imprime, pero en los cuales él delega mucha parte del trabajo, única forma de ser eficaz en cualquier empresa colectiva.

Pero don Raúl no es sólo hombre de acción. También es hombre de pensamiento, no se da trazas de intelectual ni gusta de las elucubraciones filosóficas ni sociológicas, pero tiene principios y valores profundos, ideas claras y gran capacidad de raciocinio. Así lo vemos en el Concilio Vaticano Segundo, sosteniendo con convicción y lucidez las ideas del Episcopado Latinoamericano sobre el esquema de la iglesia; lo vemos defender con vehemencia, con convicción, sus puntos de vista y lograr que ellos sean compartidos por muchos de los señores Cardenales que integran el Concilio.

En todo esto, en la vida del señor Cardenal, como en toda vida humana, hay también el testimonio de la Providencia. No siempre lo que le ocurre es lo que él quería, pero él siempre está dispuesto a aceptar lo que Dios le pone por delante. Él quería ser jesuita, y terminó siendo salesiano, muy a su gusto. Él, en un momento, pensó que podría ser provincial de su congregación acá en Chile, y sin quererlo terminó siendo Obispo, Arzobispo y Cardenal. Y él ha creído que donde quiera que estuviera debía dar el mismo testimonio de consecuencia, y eso es lo que los chilenos y quienes lo hemos conocido y nos consideramos sus amigos, admiramos más en él: esa enorme consecuencia de toda una vida, entregada al servicio de Dios y de los hombres, consecuencia entre las palabras y los hechos, claridad para llamar a las cosas por su nombre, al pan, pan, y al vino, vino; claridad para saber decir sí o no, sin ambigüedades; capacidad para jugarse entero en defensa de lo que su convicción cristiana, sus principios, su fe, su conciencia, le indican como verdadero, como justo, como bueno.

Creo que éstas son algunas de las reflexiones que despierta la lectura de estas memorias, que han de ser muy valiosas para todos los que quieran leerla, ojalá todos las leyeran.

Yo termino estas palabras, aunque parezca repetición de lo que aquí se ha dicho por quienes me precedieron en esta tribuna, repitiendo: muchas gracias, gracias don Raúl, no por la memoria que nos deja, gracias por su vida, gracias por su ejemplo.

* * * * *

SANTIAGO, 24 de Mayo de 1991.

M.L.S.